al cielo como para indicar un camino al a. ma que se iba, oprimió sobre la boca de la agonizante el Cristo que tenía en la mano: Remedios abrió los labios que se cerraron lentamente...... y las rosas de sus mejillas se fueron marchitando.

El médico se limpió la frente: el sacerdote se levantó severo, sombrío, y con voz lúgubre recitó algunas oraciones.....

La madre cayó de rodillas.... y en aquel momento se escuchó un grito en que promumnió Francisco......

pió Francisco......

En seguida el "camilo" tomó un ramo de azucenas que había ante la Virgen, y lo deshojó sobre la doncella, diciendo con voz conmovida á los que lloraban:

-No lloréis, porque ella es ya feliz....

El médico abrió entonces de par en par la ventana: comenzaba á cubrirse de carmín el cielo, se oían á lo lejos trinar algunos pajarillos: las campanas comenzaban á sonar mas ¡qué fúnebre se presentaba toda aquella vida á los ojos del médico!.... ¡el cielo mismo le parecía de duelo, y no pudo contener entonces el llanto que durante tantas horas se había aglomerado sobre su corazón...

Marzo de 1849.

Un momento de sitencia clauté à reas coumers patridast et saccidade, claurate les apre-

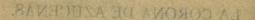
LA CORONA DE AZUCENAS.

Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in legi peccati, quæ est in membris meis.

SAN PABLO. (Epístola á los Romanos, Cap. VII, v. 23.)

Nous avons non seulement des gouts, des inclinations, des sympathies involontaires, mais encore, des perceptions obscures, qui nous tournent insensiblement, soit au bien comme la grace, soit au mal comme la tentation.

J. J. VIREY. (L'art de perfectionner l'homme.)



ciem seriemolousisme mais

orning of the wanted to



LA CORONA DE AZUCENAS.

Solidad era una do escas cantas y humilios definidades due concelha escando de escando d

Le défaut d'exercice est fatal aux enfants. BALZAC, "Histoire intellectuelle de Louis Lambert"

Aux cours blessés, l'ombre et

La "surexcitation" de l'appareil nerveux devient d'autant plus à redouter, que l'activité museu laire est disminuée par le repos, la meditation et l'isolement.—J.

J. Virey. De la Fisiologie dans ses rapports avec la phylosophie.

Hay criaturas que parecen de propósito echa das al mundo para hacer en él un doloroso aprendizaje; criaturas cuyo dote es el llanto y cuya esperanza está cifrada en el cielo.

Almas llenas de pureza que atraviesan por este valle de lágrimas como las exhalaciones que surcan el cielo en una noche de estío!

60

¡Flores de un día, que mueren inmaculadas, dejando por única memoria un leve perograto perfume!

¡Diamantes riquísimos con que el Seña adorna su diadema, después de haberlos pro bado en el crisol de la desgracia!

¡Angeles desterrados, que suspiran por la patria amada!

¡Criaturas predilectas de Dios, á las que él recompensa abreviando el término de su dolorosa peregrinación sobre la tierra!....

Soledad era una de estas santas y humildes criaturas, que viven y mueren desconocidas, como la flor que brota entre los peñascos.

¡Era huérfana! Su madre nurió al darla á luz, y la pobre niña desde ese momento, cuando todos son colmados de caricias y de cuidados, se halló sola en el mundo, sin más amparo que el de la Virgen, cuyo nombre l'evaba.

Desde tan tierna edad podía ya pronosticarse su belleza; la azucena era menos blanca, menos suave que su frente, y sus labios se asemejaban á la encarnada flor del granado.

A esta infantil belleza debió, sin duda, que una de las vecinas de la casa donde nació, la tomara bajo su protección. Mas ¡ay! esto no fué una felicidad para la niña: aquella mujer era de un carácter inculto y áspero como los frutos silvestres; jamás había tenido hi-

jos, y por lo mismo era incapaz de reemplazar a una madre, a ese angel de amor y de ternura que Dios ha colocado en las puertas de la vida!

A su lado creció Soledad; pero lejos de ser bulliciosa y juguetona, como todos los niños, era lánguida, silenciosa, tímida... No lloraba, porque á la anciana que cuidaba de ella la aburría el llanto; pero aquellas lágrimas que no podían desahogarse por sus ojos, caían sobre su corazón!...

Aquella mujer quería ver a Soledad siempre quieta; y ésta sin poder dar curso á los movimientos espontáneos de su cuerpo, reconcentraba en sí misma todas sus sensaciones, de manera que su sistema nervioso adquiría un desarrollo muy precoz, merced á aquel ejercicio.

Muy niña, muy inocente era aún, para conocer y apreciar toda la extensión de su desgracia; pero su frente se inclinaba ya melancólica como una flor carcomida... tal vez con ese instinto admirable que poseen los niños, presentía una vida de dolores....

¡Pobre Soledad! para ella, la niñez, esa edad de oro, esa rosa de la vida, no tenía ninguno de sus encantos y placeres...

A los siete años cayó enferma. ¡Cómo extrañó entonces los asiduos cuidados, los desvelos de una madre!... La mujer que la cuidaba se iba á su trabajo, y Soledad gemía en su pobre lecho sin que hubiera una mano que

ción, se retirabatenda sen inda silva desa y are

limpiara el sudor de su frente, ni una voz amiga que interrumpiese el letal silencio en TRAIT IL MI que yacía.

La desgracia, pesando como una losa de mármol sobre el corazón, hace que el cerebro se desarrolle y madure desde muy temprano. Cuando Soledad se levantó de la cama, hasta la sonrisa huyo de sus labios; desde entonces amó con pasión el silencio; parecióla que en él se olvidaba hasta de sí misma; era que tenía necesidad de entregarse á esos pensamientos vagos que nos arrancan de la tierra, cuando no hay en ella lazos que nos detengan, y nos mecen por el espacio; era que expermentaba en el pecho un vacío de amor, una sensación indefinible que solamente los huérfanos podrán comprender. Entonces, por un efecto natural, su mirada se volvió apagada v triste, b solamatzo at abot antionga a raper

Pasaba los días sentada en el quicio de la puerta mirando á las niñas de la vecindad reir, jugar, ser felices... veíalas correr hacia el regazo de sus madres, y recibir sus besos, sus caricias: las contemplaba con sus vestidos nuevos, bellas, galanas; seguía con la vista todos sus movimientos; y una sonrisa triste, fugaz, vagaba por sus labios; una de esas sonrisas que revelan toda la amargura de un corazón. a sub region al decima such el sol

Después de estas crueles contemplaciones, en las que hallaba una especie de punzante fruición, se retiraba cada vez más silenciosa y meditabunda.....

A los nueve años la anciana se propuso educar a Soledad. Enseñóla a barrer el suelo, a hilar, y le infundió sus ideas religiosas. Ideas á las que la moral más pura no habría hallado que tachar, pero que tenían el defecto demasiade común de que para inculcar las cosas abstractas y espirituales, se valían de imágenes materiales.

Entonces las ideas de Soledad sufrieron un cambio completo, y su imaginación hasta allí incierta y vacilante, pareció haber hallado un objeto adonde dirigirse. El cielo, esa mansión de oro y azul que le había descrito la anciana; ese jardín eternamente florido; esa atmósfera llena de luz; ese lugar de purísimos placeres, en donde sin cesar cantan los ángeles y las vírgenes acompañadas con arpas de celeste armonía, fué el sueño, el delirio, el anhelo constante de la niña. Llegaron á grabarse tan profundamente estas imágenes en su cerebro. que había momentos en que la niña creía que ese lugar no le era desconocido, y que conservaba de él un vago recuerdo.

Desde esos momentos pareció volve: la vida á ella: la sangre coloreó sus mejillas; sus oios adquirieron un brillo apacible, y su boca temó esa forma particular que le imprime la meditación.

:Pobre niña! á fuerza de entregarse colstantemente à esas contemplaciones, hasta el . grado de extasiarse, pues nada llamaba su espíritu hacia la tienra; á fuerza de pensar en

las recompensas ofrecidas en el otro mundo a les que han padecido, sin caer en éste, se llegó a formar una voluptuosidad de imaginación, cuyos peligros no podía adivinar... Una imaginación exaltada es malísimo consejero para una doncella, y más en esa edad en que el cuerpo al comenzar á desarrollarse necesita sensaciones.

Con la edad crecían los martiros de Soledad: iva sabía cuán amargo es el pan de la caridad: La anciana, á quien sus enfermedades hacían cada vez más impertinente, reñía con aspereza á la niña y la llamaba "holgazana"..... ¡Su corazón envejecido no podía comprender cuánto mal hacían estas palabras á la huérfanalous should be marely as and should give

El vestido que encubría las formas, cada día más bellas, de Soledad, era muy pobre y dejaba ver su piel de raso.... la niña no envidiaba ctro, pero suspiraba al mirarse. ¿Cómo no había de soñar con los placeres y el brillo del cielo? The filly of way to companion sided otto

Tenía trece años cuando en la casa donde vivía hubo un casamiento. Soledad miró al principio con indiferencia, luego con curiosidad, v al fin con mucho interés, los preparativos de la boda; se deleitó contemplando los adornos de la novia, y escuchó las conversaciones de algunos concurrentes.....

Por la noche una especie de picante curiosidad la hizo estarse en vela; miró á la novia bella, amorosa, dar el brazo á un gallardo fo-

ven,..., Con sólo este espectáculo experimento Soledad una sensación tan dolorosa come incomprensible, una sensación tan desagrada ble como la que se experimenta con un gol pe eléctrico. Era una semilla que acababa de caer en su corazón!... des sidad administração at of

De pronto la música, que daba la señal para el baile, llenó el aire con torrentes de armonia. Soledad se estremeció. ... adelantose como atraída por un encanto magnético... miró i los novios entrelazados con sus brazos, mellina cerse á compás como la filor acariciada por el aura.... Los ojos de la huérfana se arrasa ron de lágrimas, subió la sangre á sus mejillas, y conmovida, ruborizada, llena de inde finible tristeza, fué á ocultarse, sin saber por qué, entre las copas de su cama. Joint atribans

Bien pudiera suceder que así como el aura se la impregna con el aroma de les campos, así como la atmósfera se carga con la electricidad of de las nubes, así el ambiente de un salón se cargara de amor, del amor que exhala en sus miradas, en su voz, en sus ademanes, una par reja feliza...ohem sided et atte abldmet oup bed

Desde aquella noche amó Soledad la música: la buscaba con afán, y cuando por casualidad llegaban a su oído algunos acentos, permanecía largo tiempo fuera de sí. En su imaginación se había hecho una mezcla confusa de las cosas de la tierra y las promesas del cielo Pare cíale á la huérfana que la música traducía sus. los más íntimas sensaciones, que era la voz de su alma....

En aquel mismo año murió la anciana que cuidaba de Soledad. La pobre mujer, á pesar de todo, tenía un excelente corazón, al que sólo la ignorancia había esterilizado; durante su vida había amado á Soledad tanto como puede amar una mujer que no ha tenido hijos, á uno adoptivo; pero al morir quiso reparar su indiferencia; lloró por la suerte de la joven, temiendo verla expuesta, tan bella, á los peligros de la miseria y del abandono; hablóla nuevamente de la religión, con el entusiasmo y desdén terrenal de un moribundo, y concluyó proponiéndole entrar en el convento de Santa C.... en donde tenía una hermana; para persuadirla, pintóle la paz del convento, la solemnidad del culto, la armonía de los cánticos sagrados, el dulce anhelo de las esposas de Cristo. behavious in mor agree as red shutti let o

Escribió una carta la moribunda recomendando á la huérfana á su confesor, y pocas horas después murió! Entonces conoció Sole dad que también ella la había amado. ¡Es tan natural al corazón amar!....

Al día siguiente se vendió todo lo que la anciana poseía, que era bien poco, y se compraron cuatro velas de cera. Soledad pasó el compraron cuatro velas velas se consumían chisporroteando en medio del silencio, único, pero solemne funeral de los pobres!....

Por la tarde llevaron el cadáver á la última morada, y Soledad, huérfana por segunda vez, sin ninguna afección ya sobre la tierra, se dejó coducir, suspirando, al convento.



na mercha y soledan trentana po sezunta i wa sia chigana afersian ya sonio la tiorra a deja coductr, sespiciación ad concento

trata, sola, su anor un murana das en esa

Lorsqu'elle pleura, la main chérie d'un frère ou d'une sœur n'essuya point ses larmes ; comme les âmes isolées elle dut ne les répandre que devant Dieu.—A D.

Durante los primeros días, todo el convento fueron mimos y agasajos para Soledad; cada monja quería tenerla consigo; compadecíanla por su desgracia; le pintaban um risueño porvenir, y la colmaban de promesas. Sin embar co. rada día fueron siendo menos expresivas estas demostraciones, y cuando hubo pasado la novedad, la pobre niña quedó entregada al olvido común.

La monja á quien había ido recomendadz, era una de esas mujeres de carácter frío, apá tico y egoísta, que tienen, por decirlo así, atrofiado el corazón; mujeres para quienes no

existe el odio, pero tampoco el amor; mujeres para quienes la suprema felicidad consiste únicamente en una absoluta tranquilidad de espíritu.

Desde el primer momento en que Soledad ha bló con esta mujer, sintió hacia ella un despego, una antipatía que no pudo disimular, pero que ni aun fué notada; tan profundo así era el egoísmo de la que debiera haber sido su protectora.

Encontróse, pues, la pobre niña con su corazón de trece años y su imaginación acalorada, sola, sin apoyo de ninguna clase, en esa edad tan peligrosa para las mujeres, en que más que nunca necesitan de los consejos de una madre, de una amiga inteligente, para corregir los vicios en que puede incurrir la naturaleza.

Parecióle imposible á Soledad vivir sin ninguna especie de afección, por débil que fuese, y como la yedra que busca un objeto á que adherirse en todo lo que la rodea, buscó entre todas las mujeres que veía en torno suyo, una que pudiera pagar su cariño; un corazón que lo comprendiese, porque la naturaleza humana está compuesta de tal manera, que sin un poco de amor no puede vivir; porque hay momentos en que el pecho tiene necesidad de desahogarse; pero á todos los corazones los halló estériles é insensibles.

No parecía sino que constantemente elevadas hacia Dios aquellas almas, no existían ya para la tierra, y estaban sordas á los gemicos de la humanidad.

Por mucho tiempo la niña renovó sus tentativas, con la tenacidad que el árbol renueva sus retoños, con la tenacidad que el enfermo busca el calor del sol que lo hace vivir... pero las palabras que las monjas le prodigaban en cambio de sus lágrinas, eran tan melosas y tan frías, que su instinto se exasperaba contra ellas.

Al fin tuvo que resignarse Soledad con su suerte; su pobre corazón adquirió el pudor de la desgracia, y se cerró como la sensitiva.

Desde entonces el horizonte que creía haberse abierto para ella, se cubrió de sombras; su cerazón agobiado por tantas heridas, comprimido por la tristeza y el desaliento, se enfermó, y la niña tornó a ponerse pálida y enfermiza, como una flor privada del aire y del sol que la hacían vivir....

Por otra parte, Soledad, que nada había llevado al convento, hi tenía quien pagara en él sus gastos, estaba en la precisión de desempeñar las tareas á que están obligadas las uiñas que entran de la misma manera.

Débil y enferma como estaba, tenía que entregarse á inusitados ejercicios, superiores á su sexo, á su edad y á su delicada constitución....

¡Entonces era cuando resentía más la falta de algún corazón amigo; entonces era cuando se le hacía insoportable la soledad y el aisdamiento en que vivía; entonces el valor le faltaba, porque una criatura sin afecciones, es como la caña á la que cualquier viento abate!

No se quejaba, porque lo que más temen los desgraciados, es la indiferencia y la burla; pe do alzaba sus ojos arrasados de lágrimas al cielo, como una víctima que hace el sacrificio de sus colores; como una alma desolada que lemanda fuerzas y consuelo....

Para Soledad la vida era una noche obscuta y tenebrosa, un viaje por entre abrojos y espinas. Un combate Jargo, incesante y deleroso.

Viccimo no había de ser en este caso, para eila, una esperanza de consuelo, la muerte. La huérfana, como lo enseña la religión, no consideraba en la muerte más que un sueño pasajero, un estado de transición entre esta vida terrenal y de amarguras, y la vida inmortal. La tumba no tenía para ella sombras ni terrores; su alma inocente, cándida y pura ro conocía el mal, y no podía formarse idea del castigo.

Soledad, pues, anhelaba la muerte, como el jornalero anhela la hora del descanso..... De esta manera ella se consideraba cada día más extraña á la tierra; su corazón, que no había hallado otro corazón en donde reposar, se elevaba hacia aquel que vino al mundo solamente á padecer para enseñarnos con su ejemplo que se pueden resistir y sufrir todos los dolo-

res, cuando no se ha perdido la fe y la esperanza.

El alma de la huérfana aspiraba á la inmortalidad; se hallaba, si es que para demostrar ruestra idea nos podemos valer de una comparación material, como una esencia volátit, comprimida en un frasco, que tiende hacia la parte superior y procura evaporarse.

Sin instrucción, el sólo instinto casi, le indicaba á la joven que no puede menos de haber otro mundo superior en donde Dios recompense á los que en esta vida sólo han hallado dolores y lágrimas...

Pero Soledad, no satisfecha sin duda, con esta esperanza, procuraba vivir desde este mundo en el cielo.... Al verla inmóvil, de rodillas, horas enteras, la vista sin brillo, insensible á todo lo que la rodeaba, hubiera podido decirse, que efectivamente su espíritu había volado á otras regiones.....

Estos arrobamientos eran demasiado frecuentes en la huérfana; era que su imaginación, exaltada desde la infancia, había adquirido mayor poder y mayor extensión en la soledad y el silencio de los claustros; concentradas sus ideas en un solo punto, hacia el cual había hecho converger todas sus facultades, su cerebro poseía, si podemos explicarnos de esta manera, mayor claridad, como un reverbero dentro del cual se concentran los rayos de la luz; su alma, enteramente libre de Desde que entró al convento trató de adquirir algunas nociones de música; pero bien pronto superó á sus maestras. Cuando hubo llegado á este punto, no se limitó á perfeccionar lo aprendido, sino que llegó á crearse, por decirlo así, uma música aparte, que tenía algo de lo vago de sus sensaciones; una música que formulaba esa pregunta sin palabras y sin respuesta, que á cierta edad comienzan á hacerse las mujeres.....

Pero sucedía generalmente que la niña se levantaba del órgano con convulsiones. La música, que no limita su acción solamente á los oídos, sino que se extiende generalmente á todo el sistema nervioso, le causaba una especie de sacudimiento general, tanto más fuerte, cuanto que sus nervios entonces muy delicados eran demasiado sensibles á la menor excitación. Y sin embargo, Soledad no podía pasarse sin la música. La conmoción que ésta le causaba, no carecía de placer; era uno de esos dolores agradables que el cuerpo busca con avidez.....

A los diez y seis años el cuerpo de la huér-

fana se había desarrollado completamente. No era ya una niña, sino una joven hermosa á quien se compadece y se respeta.

Era alta, aunque endeble como una planta mal cuidada; pero su continente melancólico no carecía de gravedad; sus formas estaban bien redondeadas, especialmente el pecho, á pesar de la abstinencia; mas á través de su riel delicada, blanca y transparente, parece que se miraban estremecer sus nervios. Su rostro era ovalado, lleno de expresión y de bondad; su frente ancha y despejada revelaba la inteligencia y el desarrollo de su cerebro; sus ojos pardos, grandes, rasgados y meditabundos, eran el espejo de su alma, pura como un destello de Dios; y su mirada parecía haber adquirido algo de la celeste inmensidad donde con tanta frecuencia se paseaba su vista..... Su nariz era recta y fina, aunque las ventanas parecian algo anchas; su boca, sin ser desproporcionada, era también un poco grande, formada por dos labios abultados y sensuales: pero frescos, húmedos, agradables.....

El cuello que sostenía aquella hermosa é inteligente cabeza, era corto como el de las personas sanguíneas; pero hubiera pasado por modelo de morbidez.

Con los años, Soledad parecía haber olvidado hasta sus quejas, obedecía maquinalmente cuanto se le mandaba; jamás se sonreía y no bacía ruido ni aun para andar; hubiera podi-

(1) Rechorate "De la Paberte"

do decirse que se deslizaba sobre el pavi mento.

¡Pobre Soledad! su aspecto causaba tristeza; su rostro estaba pálido, y sus ojos rodeados de una sombra azulada, que revelaba larguísimas horas de insomnio, de inquietud y de fiebre.

Los tristes resultados de la vida que llevaba, no podían hacerse esperar por más tiempo.

No culparemos esa vida puramente intelectual; para los desgraciados, tal vez no hay otro consuelo; pero no podemos menos de senalar algunos de sus peligros cuando se abusa; harto se sabe que todo extremo es dañoso. A fuerza de concentrar la vida en el cerebro, a fuerza de tener con este motivo "constantemente tirantes las fibras delicadísimas de la pulpa nerviosa, no es difícil que llegue un momento en que produzcan una gran perturbación en todo el sistema, y ésta sea la causa de teuribles emfermedades, como el histérico, la enajenación mental, etc." (1)

La calentura que precede á los primeros síntomas de la pubertad, y que la desgraciada niña había descuidado, se convirtió poco á poco en una fiebre nerviosa, que la acometía frecuentemente.

La humedad y el frío del "coro" en donde permanecía de rodillas mucho tiempo entregada á sus oraciones mentales, y los ayunos y las penitencias, le habían lastimado el pecho. Generalmente al caer el sol, un decaimiento profundo se apoderaba de la joven; su cabeza se inclinaba cual si su cuello no fuera capaz de resistirla. Su sueño era interrumpido por sobresaltos, y un sudor continuo la debilitaba cada día más.



⁽¹⁾ Raciborski, "De la Puberté."

Generalmente al caer el sol na docaimient profundo se apoderaba de la poven; su culto ac se se inclinaba cual si su cuello no fuera, ca par de resistirla. Su subne era legentumpido por sobresaltos y un sudor continuo la debilitate contento la debilitate contento.



Dan exten a news halfely and

in a party of the state of the cade of the

Hay una fuerza que rige el cuerpo á su pesar, y que gobierna, sin
participación de la conciencia, todos los actos que no son de inteligencia, ni de voluntad, ni de libre
albedrio. — R. AMADOR, de Montpellier, Discurso sobre la vida de la
sangre.

Tout ce qui peut surexciter le système nerveux, est cause d'histèrie: tels sont une vie oisive, contemplative; la lecture de certains livres; la culture inmodèrée des beaux arts, notamment de la musique, les veilles, les chagrins, ainsi que les peines du cœur.—A. Grioselle, Traité élémentaire et pratique de pathologie interne. T. II, pág. 718.

A los diez y siete años pidió Soledad el hábito, esperando que con esto se calmaría aquella fiebre que la devoraba y que ella atribuía á la tibieza de su devoción.

Desde algunos meses antes la joven había comenzado á experimentar una inquietud indefinible que tan pronto la hacía buscar la so-

ciedad de las monjas como huir de todo ruido y compañía; tan pronto la hacía apasionarse y encontrar un secreto placer en las misteriosas ceremonias de la iglesia, como evitarlas cual si le causasen una impresión dolorosa é insoportable; una inquietud que cada día iba en aumento y que á veces la hacía olvidar hasta de sus oraciones.

Por esta razón había pedido el hábito; creía ella que las austeridades y preparaciones del noviciado le volverían la devoción y la calma; creía que la profesión solemne, sublimando su alma y sacudiendo el polvo de la tierra que aún había en su corazón, la haría gozar de la salud, de la paz y de la celeste felicidad á que aspiraba.

Durante el año del noviciado la joven se entregó à las más austeras penitencias; materialmente quiso vencer y destruir en aquel tiempo à su cuerpo, porque vagamente comprendía que no estaba lejos la hora en que éste se sublevara contra su espíritu.

Semejante género de vida había creado un antagonismo fatal entre su cerebro y su corazón, entre su alma y su cuerpo, entre el etro mundo y éste; había trastornado hasta cierto punto las leyes de la naturaleza; destruído la armonía y dado origen, por consiguiente, á una reacción peligrosa y violenta, que según los síntomas no tardaría mucho en verificarse.

El misticismo mal dirigido tiene ese peligro;

concentrando, por decirlo así, la vida en el cerebro, aumenta las facultades intelectuales. pero desarrolla más de lo conveniente la imaginación; aisla al alma de las sensaciones exteriores y humilla, debilita al cuerpo, pero perfecciona al mismo tiempo el sistema nervioso, lo hace excesivamente impresionable y delicado; torpe, tal vez, repetimos, para recibir las impresiones externus, pero vivísimo para transpitir las que tienen su origen en el corazóe. Por este motivo, sin duda, como aseguran médicos y fisiologistas respetables, "los arrobamientos místicos no carecen de placer para las personas piadosas y generalmente este estado del alma termina con una voluntuosa languidez," (1) annually of ladder we administ

A medida que el año corría, aumentaba la inquietud de la joven y comenzaba á sentir nuevas necesidades, nuevas sensaciones, deseos inexplicables de los que ni aun idea tenía.

Estos ataques la hacían redoblar sus oraciones, único remedio que para ellos había, según consejo de algunas monjas ancianas.

En esto llegó la época en que es costumbre que la novicia salga á respirar, por unos cuantos días, el aire del mundo; á conocer sus placeres y sus pompas, antes de pronunciar los indisolubles votos; medida, en nuestro concepto, tan prudente como filosófico, que á cumplir-

⁽¹⁾ J. J. Virey, Raciborski, Leuret, Cerise, Falret, etc.

se con tino, evitaría muchas é irreparables desgracias.

Soledad, à pesar del horror à la sociedad que caracteriza á las reclusas, no pudo menos que fijar su imaginación en esos días de libertad que iba á gozar; había momentos en que su alma se sobrecogía y se llenaba de terror al considerarse lejos del convento, entregada sindefensa á los ataques del enemigo común, olvidada de Dios acaso; pero bien pronto este temor desaparecía ante la esperanza de contemplar el verde de los campos, el azul 1-1 cielo sin límites, de correr sin que hubiera una pared que se lo impidiera joh! ¡cômo le parecía entonces más puro el aire! ¡cómo se ensanchaba su pecho!-Lo diremos también: la r.iña recordaba con la melancólica delicia que caracteriza á estas memorias, los primeros años de su vida, v entre éstos, se presentaba a su mente con rasgos muy vivos, la noche del casamiento..... Soledad recordaba inocentemente todas las sensaciones de aquella noche. y desenba con ardor volver a ver otro baile.

Acaso parecerá inverosímil la contradicción entre estos pensamientos y el misticismo de Soledad; pero debe tenerse presente que era mujer, que tenía diez y ocho años apenas, que su candor y su ignorancia no la dejaban percibir los peligros de semejante meditación, y que hay ciertos deseos del corazón que es imposible ahogar.

Por estas razones, pues, experimentó un dis-

gusto profundo cuando se le advertió que no podía salir á la calle porque no había á quien confiarla. Su corazón, que por un momento se había ensanchado, volvió á oprimirse, reagravándose por lo mismo la emfermedad que le habían causado aquellas constantes alternativas de esperanza y desengaño.

El momento de la profesión estaba próximo. Seledad resignada y arrepentida comenzó á prepararse para este acto tan importante.

Entonces era capellán del convento un anciano rígido y severo, de esos que creen que la virtud consiste en la más estricta austeridad; de esos que después de haber atravesado por las pruebas de la vida, quieren juzgar á los corazones nuevos y ardientes por el suyo envejecido y desecado!

La joven fué à confesarle, no sus culpas porque su vida era pura y limpia como el ciclo en una mañana de primavera; sino sus escrúpulos, sus dudas, sus deseos.... y el anciano la riñó; la tachó de ingrata, echándole en cara corresponder mal con sus mundanales deseos á las bondades con que la colmaban las religiosas, y la amonestó severamente á que no tuviera esas ideas.....

El día de la profesión llegó: Soledad aturdida con los preparativos, compungida con las palabras de su confesor, se dejó conducir casi maquinalmente.

Mientras duró la solemnidad estuvo como fuera de sí; la música sonaba á sus oídos de